

A ñ
é ß

STARTER STORY • SPANISH • A2

El paraguas olvidado

El paraguas olvidado

Era una tarde de otoño y llovía mucho en la ciudad. Daniel salió del trabajo a las seis. Las calles estaban mojadas y el cielo estaba gris. La gente caminaba deprisa bajo sus paraguas. Daniel también abrió el suyo y empezó a caminar hacia casa.

La lluvia caía fuerte y el viento era frío. Daniel decidió entrar en una pequeña cafetería para esperar un poco. Pidió un café con leche y se sentó cerca de la ventana. Desde allí miró la lluvia y a la gente que pasaba por la calle.

La cafetería era cálida y olía a café recién hecho. Sonaba música suave y había pocas mesas ocupadas. En el rincón, una señora mayor leía un libro. Llevaba un abrigo verde y unas gafas pequeñas. De vez en cuando bebía un sorbo de té.

Después de media hora, la lluvia paró un poco. Daniel terminó su café, se levantó y se puso la chaqueta. Justo cuando iba a salir, vio algo en la silla de al lado. Era un paraguas pequeño de color rojo con flores blancas.

Daniel miró alrededor. La cafetería estaba casi vacía. Pensó que alguien se había olvidado el paraguas. Lo cogió y fue hasta el mostrador. «Perdone, alguien olvidó este paraguas», le dijo al camarero. El camarero se encogió de hombros. «No sé de quién es», respondió.

«¿No vio quién estaba en aquella mesa?», preguntó Daniel. El camarero pensó un momento y se secó las manos en el delantal. «Creo que una señora con un abrigo verde», dijo. «Leía un libro y bebía té. Salió hace solo un par de minutos». Daniel recordó entonces a la señora del rincón y su libro. «Gracias, voy a buscarla», dijo, y guardó el paraguas bajo el brazo.

Daniel salió a la calle con el paraguas rojo en la mano. No quería dejarlo allí. Pensó que la dueña podía volver a buscarlo. La lluvia volvía a caer con fuerza y el cielo estaba cada vez más oscuro. Daniel miró a un lado y a otro de la calle.

Daniel miró por la calle y la vio a lo lejos. La señora caminaba despacio bajo la lluvia, sin paraguas, y se cubría la cabeza con el periódico. Daniel corrió hacia ella. «¡Señora! ¡Señora, espere!», gritó mientras se acercaba.

La señora se giró, un poco sorprendida. Daniel llegó a su lado y le mostró el paraguas. «Creo que esto es suyo. Lo dejó en la cafetería», le dijo con una sonrisa. La señora abrió mucho los ojos. «¡Ay, sí! Es mío. Muchas gracias, joven».

La señora cogió el paraguas con las dos manos. «Mi hija me lo regaló el año pasado», explicó. «Para mí es muy especial. No quería perderlo». Daniel sintió una alegría grande en el pecho. «Me alegro mucho de encontrarla», respondió él.

«No sé qué habría hecho sin él», dijo la señora. «Tengo mala memoria y a veces olvido las cosas. El paraguas, el bolso, las llaves...». Daniel se rio con cariño. «A todos nos pasa, señora. Lo importante es que ahora lo tiene otra vez».

La señora abrió el paraguas rojo y se cubrió de la lluvia. «¿Vas hacia el centro?», preguntó. «Sí, vivo cerca de la plaza», dijo Daniel. «Entonces caminemos juntos un rato», dijo ella. Y los dos empezaron a andar bajo el mismo paraguas.

Mientras caminaban, la señora le contó cosas de su familia. Tenía dos nietos y vivía sola desde hacía unos años. Daniel la escuchó con atención. Le habló de su trabajo y de su barrio. La lluvia seguía cayendo, pero la conversación era cálida y agradable.

«Mis nietos viven lejos», dijo la señora con una sonrisa triste. «Pero me llaman por teléfono cada domingo. Y en verano vienen a verme». Daniel asintió. «Seguro que la quieren mucho», dijo. «Sí», respondió ella, «y yo a ellos».

Pasaron por delante de una pastelería con las luces encendidas. En el escaparate había tartas y pasteles de colores. «Mi nieta pequeña adora el chocolate», dijo la señora, y se rio. «Cuando viene, siempre comemos un pastel juntas». Daniel miró los pasteles y también sonrió. Olía a azúcar y a canela, incluso bajo la lluvia. «Quizá deberíamos entrar un día», dijo él en broma, y los dos rieron.

Llegaron a una esquina y la señora se detuvo. «Yo vivo aquí», dijo, y señaló un edificio antiguo. «Muchas gracias por todo, de verdad. Hay pocas personas tan amables». Daniel sonrió. «No es nada, señora. Cuídese mucho». Ella le dio la mano y entró en su casa.

Antes de cerrar la puerta, la señora se giró otra vez. «¡Espera, joven!», dijo. Volvió hacia él con el paraguas en la mano. «Toma, llévalo tú. Yo ya estoy en casa y tú todavía tienes camino». Daniel dudó un momento, pero ella insistió con una sonrisa.

«Pero es el regalo de su hija», dijo Daniel. «Por eso quiero que lo lleve alguien bueno», respondió la señora. «Me lo devuelves otro día, cuando quieras. Vivo aquí». Daniel cogió el paraguas, conmovido. «Gracias. Volveré, se lo prometo».

Daniel siguió su camino bajo la lluvia, ahora con el paraguas rojo de flores. Ya casi no le importaba el agua. Iba un poco mojado, pero estaba contento. Pensó en la señora del abrigo verde y en su amable sonrisa.

A veces, las cosas pequeñas alegran todo el día. Un paraguas, una conversación, un poco de bondad entre dos personas. Daniel llegó a casa con una sonrisa tranquila. Dejó el paraguas rojo junto a la puerta, para no olvidarlo.

Esa noche, mientras cenaba, Daniel pensó otra vez en la señora del abrigo verde. Decidió que el domingo siguiente volvería a aquella esquina a devolver el paraguas. Y quizá, pensó, le llevaría también un pastel de chocolate de aquella pastelería.

OQOU STARTER LIBRARY

This story is from oqou's free starter library, graded at A2 for Spanish readers.

Read it interactively in the oqou app: tap any word for an instant translation, listen with natural narration, and carry your saved vocabulary into every story you read next.

oqou.app

[Download oqou on the App Store](#)

oqou •